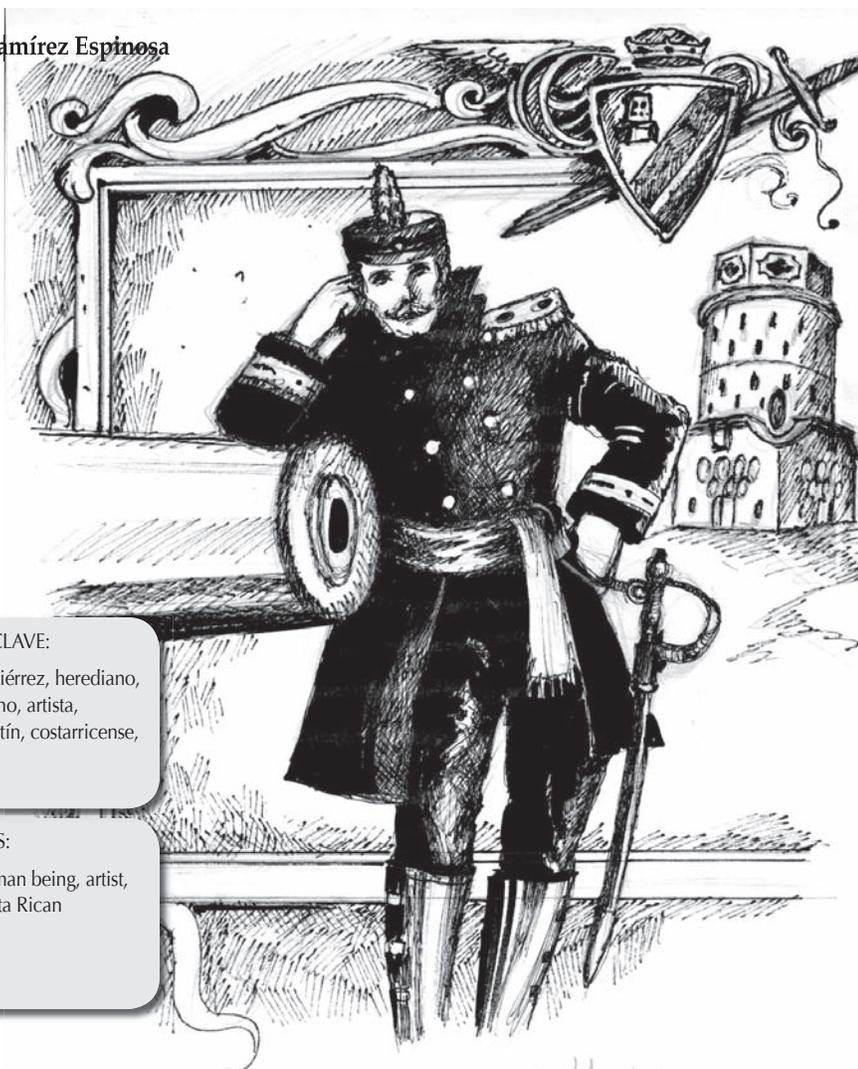


SEMBLANZA

Fadrique Gutiérrez: Cabalgata de un Genio nacional, a 165 años de su nacimiento

Mario A. Ramírez Espinoza



PALABRAS CLAVE:

Fadrique Gutiérrez, herediano, genio, humano, artista, militar, El Fortín, costarricense, Heredia

KEY WORDS:

geniuses, human being, artist, military, Costa Rican

Resumen

El autor presenta a Fadrique Gutiérrez, un genio herediano. Lo destaca en sus diversas facetas: ser humano, artista, militar, y otras; así como revisa los aportes de Gutiérrez en diversos campos en los que destaca EL FORTÍN para culminar indicando que Fadrique es arquetipo del costarricense.

Abstract

Fadrique Gutiérrez is presented by the autor as a geniuses who was born in Heredia. The author stands out some of his sides: as a human being, as an artist, as a military and others. At the same time, he revises Gutiérrez' contributions in different fields, in particular, he stands out El Fortín to reach his highest point, Fadrique is an archetype of the Costa Rican people.

*Dragones de adobe y ladrillo,
volando al atardecer,
Llevan tu alma guerrera
al regazo inmortal de los dioses.*

...Probablemente se veía a sí mismo con reluciente armadura, capa y espada al cinto.

De seguro, en sus sueños más delirantes, deseó haber nacido en pleno siglo XII y pertenecer a una orden de caballería de la baja Edad Media: una de aquellas misteriosas congregaciones con sus poderosos rituales, juramentos de sangre y velados ceremoniales esotéricos.

“¡Qué lástima que los dragones ya se han extinguido!”, pensó. Tampoco quedan fortalezas por asaltar, ni hazañas heroicas en las cuales poner a prueba el valor y la inteligencia de un espíritu guerrero. “¿Adónde se fueron los grandes ases del pasado: Lancelot, Roldán, Parcifal, los Carolingas, teutones y templarios?”. Ya nada queda de aquellos nobles y dorados tiempos, en donde el honor campeaba por encima de cualquier otro estandarte y la lealtad se coronaba de laureles...

Fadrique Gutiérrez Flores, hijo de Blas Gutiérrez y Mercedes Flores, había nacido en Heredia en 1841 un 7 de septiembre, mientras las violentas sacudidas de la tierra apuraban su llegada.

Según lo que nos narran sus biógrafos, Fadrique Gutiérrez fue un genio múltiple, al mejor estilo renacentista: trovador, militar, poeta, aventurero, agrimensor, arquitecto, pintor, escultor, fo-

tógrafo, químico—alquimista y hechicero anticlerical, oficios que desempeñó con excelencia y, aún más, realizó otras tantas actividades que hoy han quedado en el olvido. Todo esto, además de ser uno de los más grandes eruditos de la Heredia del siglo XIX.

Individuo rubio, de textura menuda y expresión voluntariosa. *Hidalgo por derecho propio*, descendiente de italianos, llevó una existencia turbulenta y azarosa, tanto por su participación en la vida política del país, como por sus búsquedas delirantes y descabelladas aventuras. Es muy poco lo que se sabe de su infancia, si acaso el hecho notable de haber aprendido el latín (*summa cum laude*) en seis meses y graduarse de bachiller en filosofía a los quince años.

Se dice que fue uno de los primeros en Costa Rica en experimentar con la fotografía y en traer la primera linterna mágica, esto convirtió al militar en uno de los hombres más famosos del país.

En Fadrique coexistían el alma de un poeta guerrero y la mente ansiosa de conocimiento de un príncipe del renacimiento. Lo primero lo impulsaba a lanzarse a las más arriesgadas escaramuzas revolucionarias que lo llevaron, no pocas veces, a innumerables destierros y encarcelamientos. No se sabe cuantas veces fue a parar con sus huesos a la isla del Coco. Seguramente en aquel ambiente tropical le asaltó la imaginación y se vio a sí mismo como un bucanero del siglo XVI, abandonado a

su suerte por una tripulación amotinada. Surge entonces el poeta, que llevado por el delirio pondrá versos a sus desventuras.

Fadrique Gutiérrez encarna en Costa Rica, el mejor y más logrado ejemplo de romanticismo decimonónico. Nuestro paisano fue un personaje extravagante salido de las páginas de alguna novela de Emilio Salgari, de Walter Scott, o del periodo de las grandes conquistas exploratorias. Al ritmo de sus andanzas uno casi cree escuchar la música evocadora de Ketelvi o deslizarse por los poemas de Lord Byron.

Muchas de las aventuras que protagonizó Fadrique, hubieran servido cincuenta años después para guiones cinematográficos. El cine, una maravilla que, de haberla llegado a conocer, le habría trastornado con seguridad la imaginación. Quizá el más famoso de los episodios militares de Fadrique, y el que mejor ha sobrevivido hasta nuestros días, es el espectacular asalto al cuartel de artillería llevado a cabo el 27 de abril de 1870, contra don Jesús Jiménez y acudido por el General don Tomás Guardia.

En aquella ocasión, nuestro hombre se presentó ante las puertas del cuartel con todos los trastos propios de un fotógrafo, dispuesto, en parte, a dejar constancia del acontecimiento histórico que estaba a punto producirse, y a la vez como estrategia para distraer a la guarnición que, fascinada con la posibilidad de aparecer en una fotografía, abandonó sus puestos. Este sería el

momento que aprovecharían los indóciles para asaltar el cuartel. El zafarrancho no se hace esperar y en medio de una nube de pólvora, gritos y sangre, el asalto resulta exitoso.

De Fadrique se ignora que su talento como ingeniero militar fue solicitado por el gobierno del Salvador. En aquel país sobreviven hoy unas construcciones magníficas que dan testimonio del dominio que nuestro compatriota tenía sobre dicha materia.

Con respecto a la labor artística de Fadrique, nos encontramos con una mente sutil que profundizó en las ciencias y las artes lo mejor que su entorno y época le permitieron. Fue discípulo del pintor francés Aquiles Bigot, y del italiano Francesco Fortino. Como le sucede a la mayoría de los genios, no es mucho lo que de su obra plástica sobrevive, si acaso algunas escenas en el templo de la Inmaculada Concepción de Heredia. Unas piezas menores en el museo nacional. Dos esculturas en la iglesia del Carmen y un Neptuno abandonado en alguna esquina de la municipalidad de la provincia.

Hay quienes sostienen que Fadrique fue el preconizador de lo que vendría a ser posteriormente la escultura costarricense. Yo no sería tan optimista al respecto. Una cosa es la actitud personal de Fadrique a la hora de producir su arte y otra cosa muy distinta es que se propusiera conscientemente innovar en el terreno de la escultura y “modernizarla”. Si bien es

los materiales que tenía a su disposición sin prejuicios, tuvo siempre claro el *canon* académico por el que se regía el artista imaginero del siglo XIX. Ver sincretismos en la obra de Fadrique, es ver demasiado. En mi opinión solo estamos ante un estilo muy circunstancial. Claro, el que Fadrique no sea el precursor de la escultura nacional no le desmerece en absoluto, pues no necesariamente romper patrones establecidos es una marca de talento. Responder a la regla académica es, en cambio, muy distinto y sí requiere verdadera pericia.

De todas las obras físicas de Fadrique, la que mejor le sintetiza y sobrevive heroicamente a los tiempos bárbaros que corren, es el fortín que se levanta en su ciudad natal. Es éste, un misterioso torreón medieval, erigido—según se dice—sobre unas corrientes de energía telúrica llamadas (*wouivres*). El diseño tanto del FORTIN como de la cúpula de la catedral de Alajuela, responden a una geometría Hermética envuelta en un código simbólico. Algunos que en el pasado estudiaron a fondo este curioso edificio, sostienen que en realidad se trata de un enorme altoparlante de piedra capaz de reproducir y ampliar los fluidos magnéticos que emanan de la tierra...

Cuantas cosas más increíbles tendrá para decirnos este fabuloso personaje nacional, que habitó en su día, un enorme caserón llamado “la Fortina”, o “la casa de Nigromante”, y que según se decía estaba plagado de maravillas y objetos extraños. Con enormes pasadizos



subterráneos, puertas falsas y hasta un gabinete de alquimista.

La figura de Fadrique envuelta en las nieblas de la leyenda es un fantasma que regresa de los laberintos del olvido, para obligarnos a revisar nuestra historia. Una historia, no oficial, que aún estamos por redescubrir y que, seguramente, resultará asombrosa y fascinante como la misma persona de Fadrique.

Fadrique Gutiérrez respondió al pensamiento de la

época que le tocó vivir y a su ideal romántico: el retorno del mundo antiguo, la virtud caballerescas y el anhelo de conocimiento. Hay sin duda mucho de Fadrique en el alma del poblador *tradicional* costarricense: Ingenio amañado, vocación de justicia y deseo de superación a base de iniciativa y talento. Pero también una violencia disimulada de apatía, que late en lo más recóndito de su ser. Esto es así porque Fadrique, más allá de un individuo talentoso, es un arquetipo brotado de nuestro suelo para ser patrón y medi-

da del hombre costarricense. Un *canon* que aun sigue ahí para ser alcanzado.

Hoy, a 165 años del nacimiento de este hombre, a caballo entre lo Cervantino y Leonardesco, conviene sobre todo reflexionar sobre aquel lejano mundo costarricense del Siglo XIX, en donde pudo florecer, por un instante, una casi idílica forma de ser nacional. Una identidad tan deliberadamente ignorada y pérdida como la tumba del propio Fadrique. (*Sit tibi terra levis, primus inter pares*).